

Manauta y las tierras de la miseria

En una novela de la década de 1950 encuentra expresión la pérdida de la tierra, la privación de cualquier oportunidad de trabajo, la infancia atormentada por carencias y forzados abandonos. Con una masa de pobres oprimidos por unos pocos ricos y un enjambre que los sirve desde el poder político.

Juan José Manauta fue un escritor entrerriano, nacido en 1919. Durante décadas militó en el partido comunista. Esa opción política se proyectó sobre su escritura junto con su arraigo regional, sus experiencias de "pago chico".

Parte de su labor literaria estuvo ligada a las tierras donde nació y vivió durante su infancia, adolescencia y primera juventud. Nos vamos a ocupar acá de la más famosa de sus novelas. La que fue llevada al cine, con dirección de Hugo del Carril, en 1959. Y fue objeto de afortunadas reediciones.

Las tierras blancas es su obra más reconocida, publicada en 1956. Manauta arribaba a su madurez, con 37 años. Ya hacía una década y media que se había incorporado al Partido Comunista. Sus estudios incluían el título de profesor en Letras de la Universidad Nacional de La Plata.

No se había dedicado a la actividad académica, en parte por persecuciones sufridas en la ciudad donde estudió. Vivía ya hacía tiempo en Buenos Aires, donde ensayó diversos oficios. Algunos relacionados y otros no con la literatura.

La acción de la novela transcurre en torno a la localidad de Gualaguay, donde nació el autor. De allí provenía también Juan L Ortiz, una de sus grandes amistades literarias y temprano mentor. También mantuvo vínculos con Amaro Villanueva y Carlos Mastronardi, otros hombres de letras de esos pagos.

Hijo de una maestra que fue directora de una escuela de la zona, convivió desde la niñez con chicos pobres que concurrían al establecimiento. Conoció de cerca a las familias desarticuladas por la miseria que pueblan la narración que nos ocupa.

El título de la novela alude a una zona de terrenos estériles, arenosos, erosionadas por las inundaciones del río Gualaguay. Vivir allí era un pasaporte seguro a la miseria. La búsqueda del sustento en una tierra que no da nada equivale a la lidia cotidiana contra el hambre. Éste es una presencia constante en la novela.

Los personajes habitan un área semirrural, nombrada a veces como "rancherío". Donde se malvive como se puede, sin recursos propios, en el más completo desamparo. Las familias se deshacen. A veces se migra a destinos lejanos, en busca de alguna cosecha donde laborar, dejando a los hijos.

Las preocupaciones de un escritor comunista.

En la conferencia titulada "Problemas y deberes del escritor comunista", de 1958, citada por la estudiosa Alfonsina Kohan, el autor esboza su concepción de la tarea literaria.

Considera insoslayable referirse a los sufrimientos, alegrías y luchas del pueblo desde el conocimiento directo, el contacto íntimo con esos sentimientos y circunstancias.

Sostiene que si la obra literaria no está destinada al pueblo, no se ocupa de los problemas del pueblo, entonces está reservada a los imperialistas, oligarcas o explotadores.

Asegura que los escritores comunistas esperan ser leídos por las grandes masas y que esas lecturas las ayuden, ya que cree en la literatura como un arma para la lucha. Añade que el arte está comprendido en todas las actividades humanas y no puede escindirse de la política; por lo tanto, el trabajo de un escritor comunista debe responder a los objetivos políticos de la lucha de clases.

En la novela alienta esa preceptiva literaria del autor, que la emitió por la misma época en que la compuso. No está proclamada u ostentada, sino que aflora repetidas veces, a partir sobre todo de meditaciones y recuerdos de uno de los personajes.

Manauta se ocupa de los pobres y desheredados del campo. Su imaginación literaria se asocia con la inquietud social a lo largo de toda la narración. Sabe darle trazos sociológicos certeros a personajes y situaciones. Lo hace sin caer en didactismos excesivos ni apartarse de la corriente narrativa principal.

La familia protagonista viene de otras tierras algo más favorables. De allí han sido arrojados por imposición de terratenientes que no les renuevan el trato de aparcería que tenían. No eran dueños del suelo que cultivaban. Tampoco arrendatarios. Percibían un tanto de lo producido, a cambio de su trabajo.

Apenas tenían la tenencia precaria de parcelas. Y eran obligados a desplazarse de unas a otras. El latifundio aparece como responsable de la caída en picada de las posibilidades de una supervivencia digna. Les han negado el trabajo, cualquier trabajo.

Los patrones no quieren un alquiler formal del campo. Tampoco aceptan que laboren como peones.

Ante una nueva legislación, los propietarios rurales eluden la obligación de convertir a los aparceros en arrendatarios echándolos del campo. Un sugestivo ejemplo de cómo relaciones de poder muy asimétricas y bien establecidas pueden burlar reformas bienintencionadas.

Como buen marxista, Manauta se ocupa en abundancia del enemigo de clase. En todo el relato aparece el entramado del poder a través de diferentes expresiones, todas asociadas entre sí.: Los políticos oficialistas, el ejército, la policía, los propietarios de la tierra, las "damas de beneficencia".

Utilizan a los pobladores para sus fines. No les brindan nada. Apenas si los salvan de la inundación, cuando la situación se hace extrema. Y los conforman con algunos colchones

La política y las elecciones son sobre todo una ocasión para comer y beber gratis. Asado de tira, empanadas, vino. Recibir algo de dinero, jugar con eso a la taba. Sociabilidad y diversión a cambio del sufragio. El poder tira apenas migajas.

No con carácter de derecho sino de dádiva, de retribución por un servicio político que contradice la forma más elemental de democracia. No se trata sólo de aprovechamiento electoral. También de dar remache a una dependencia del pobre hacia el rico. De una sedicente benevolencia que obtura la posesión de derechos y de trabajo genuino.

Los pobres “venden su libreta”. Y viven un momento de efímero placer. Las tradiciones criollas se convierten en medio apto para remachar los vínculos de explotación económica y utilización política. El alcohol no aparece sólo como un vicio, sino en tanto herramienta de dominación. A favor de un aparato político venal y clientelista, desentendido de cualquier necesidad de los votantes.

Odiseo, su madre y los demás.

La trama avanza en torno a dos protagonistas y sus respectivas miradas y vivencias. Hay pasajes titulados “Odiseo”, en los que se siguen las peripecias de un niño, siempre en tercera persona. Otros son puestos bajo la advocación de “La madre”. Estos últimos están expuestos en la propia voz de la mujer.

Allí se da lugar a los sentimientos y sobre todo las reflexiones de esa mujer sin nombre. Que representa de algún modo a todas las madres en trance de privaciones. Afectadas por una suerte aciaga para ellas. Y sobre todo para sus hijos. En la que buscan resquicios para la esperanza.

La progenitora se pregunta todo el tiempo sobre los modos posibles para modificar su situación y la de quienes la rodean. La mejora de la suerte futura de su hijo. La superación del círculo vicioso de alcoholismo y malos tratos del marido. Las posibilidades de lucha contra la marginación y el desempleo.

Sin disculparlo del todo, comprende el extravío del hombre. Nunca superó la privación de la tierra, el abandono forzado del trabajo agrícola. Sueña con volver al cultivo, poseer una parcela, vivir de los frutos de la tierra. Intenta dedicarse a la pesca y luego no va a vender el pescado. Sólo trabajos pasajeros, o la inactividad total. El costo del desarraigo.

Hay lugar para la reflexión social y política en el pensamiento de la madre, a despecho de su escasa o nula instrucción. Ella evoca a menudo a don Olegario, un militante con el que ha conversado unas pocas veces.

Ese hombre predicaba la unión, la organización y la lucha de los habitantes de esos campos. Iba acompañado por un joven que llevaba gruesos anteojos. Aunque no se lo explicita no cuesta imaginar a dos militantes de alguna "comisión agraria" en procura de llevar un mensaje liberador a los pobres entre los pobres.

En las palabras de la madre y en un lenguaje no tan preciso, transitan la organización gremial y política, el objetivo de la reforma agraria, el socialismo como finalidad última. Una conciencia social y política que viene de fuera pero halla respuesta en esa mujer que esboza el cuestionamiento a lo que conoce del orden existente.

Evoca la madre: "Don Olegario conocía nuestras necesidades y sabía cuál era el remedio, pero el verdadero, el profundo (...) uno que nos libere para siempre de las amenazas del río y de cualquier otra que no pudiéramos resistir y vencer por nuestros propios medios."

"Él decía que nadie debía poseer un solo pedazo de tierra que no fuera capaz de cultivar. De ese modo no habría nadie que pudiera echar a ningún hombre de su tierra..."

La madre rumia sus arrestos de sabiduría y se pregunta "...cómo haré para enseñárselo a Odiseo. Yo lo he venido a aprender tal vez algo tarde, y no me gustaría que él viviera tanto tiempo engañado como yo."

Odiseo transita su vida en persecución de monedas para entregarle a su mamá. Hace pequeños mandados, asiste a algún artesano, devuelve pelotitas a los jugadores de paleta. Hace diligencias en el juego de la taba, busca sobras en un cuartel militar cercano a su casa.

En sus momentos libres deja vía libre a la imaginación, admira la naturaleza que lo rodea, juega cuando puede con otros niños. Una infancia sufrida e incompleta. Niñez desamparada en tierras de desposesión generalizada.

Aparece como atrayente personaje secundario una mujer joven que ejerce la prostitución, Angélica, sin pareja y con un hijo enfermo. El modo en que el narrador trabaja su figura va en contra de cualquier estigmatización de las prostitutas. El lector se encuentra con alguien de impulsos generosos, que presta ayuda a sus vecinos y vecinas. Sobre todo en una situación de emergencia endémica en la zona, como es una inundación.

La madre abandona cualquier prejuicio hacia la vida que lleva Angélica y habla de ella con cariño y gratitud. Se siente amiga suya y la ve como muestra de conducta solidaria, en el camino de superar el aislamiento y las peleas estériles. Así se completa el cuadro de una reivindicación femenina que rompe con el molde de género más tradicional.

El Primo, un joven huérfano que sufrió sucesivos abandonos, encarna la figura del rebelde contra el orden de injusticia y atropellos que lo rodea. Su camino se pierde porque toma un sendero individualista, confiado en el coraje personal. No consigue

otra cosa que poner en riesgo su vida en el enfrentamiento contra una figura menor del poder de la zona.

Aparecen sólo unos pocos hombres con un medio de vida, un oficio. Un simpático panadero de afinidades anarquistas, un pescador con su canoa. Algunos trabajan en el arreo de ganado. Se infiere en momentos de la trama que la explotación ganadera reemplaza a la agricultura, con la consiguiente pérdida de oportunidades de labor.

Para la gran mayoría no hay trabajo; queda el azar cotidiano de la supervivencia, la limosna, las humillaciones, las panzas vacías que crujen.

Con una prosa trabajada, sin barroquismos, Manauta atrae al lector con variados recursos, incluidos algunos toques oníricos. Busca la reflexión de la mano de las emociones. Y puede tener éxito en ambos campos.

Las tierras blancas manifiesta dos rasgos básicos. Primero un impulso narrativo ligado al profundo conocimiento y amor por una población a la que se percibe como víctima de todas las injusticias de un sistema perverso. No hay mala suerte ni destinos ineluctables. Hay culpables, beneficiarios de la injusticia de mayor o menor porte.

Todo está contado desde el dolor y la identificación. El novelista habla de su propia tierra y de gente a la que considera también suya. No se detiene sólo en la denuncia, hay lugar para el ejercicio de la imaginación, la descripción del paisaje, el toque comprensivo hacia los distintos personajes.

Esa carga de emoción se encuentra potenciada por un segundo aspecto. La visión del conflicto social y la explotación como la lógica subyacente en las iniquidades que deben ponerse de manifiesto en marcha hacia su destrucción. La novela es exponente cabal de una literatura pensada como un afluente hacia la transformación revolucionaria de la sociedad.

Esta obra ha sido considerada un clásico. Lo es en la línea de una escritura en primer lugar reveladora de las manifestaciones concretas y cotidianas de una estructura social injusta. Que sabe a la vez transmitirnos el mundo interior de quienes lo padecen. Mientras muestra la senda de un futuro de esperanza. El que se erige de a poco en sus propias cabezas, en aras de plasmarse en la realidad.